La caja que se abría al revés

Una historia original sobre cómo mirar una tarjeta desde el lugar de otra persona.

El sábado por la tarde, Ana llevó una caja de cartón azul a la casa de su abuelo. La abrazaba con los dos brazos para que no se abriera.

Dentro había dibujos hechos durante la semana: una casa con dos ventanas, un árbol que parecía una nube verde y un sol con muchas rayas. También había una tarjeta que decía «Bienvenido, abuelo», escrita con ayuda de mamá.

Ana se sentó frente al abuelo, al otro lado de la mesa pequeña.

—Te he traído una exposición —anunció.

El abuelo apartó su taza y sonrió.

—Entonces seré tu primer visitante.

Ana puso la caja delante de ella. Levantó la tapa desde el lado que tenía más cerca. Los dibujos estaban sujetos por sus esquinas a una cinta de cartulina. Para Ana, el techo de la casa quedaba arriba, las raíces del árbol abajo y el sol brillaba en lo alto del papel.

—Este es tu jardín —explicó—. Y esta es tu ventana.

El abuelo inclinó la cabeza a un lado y luego al otro. No hizo ninguna corrección. Miraba con cuidado.

—Veo una casa muy especial —dijo—. ¿Me cuentas qué hay junto a la puerta?

—¡Una maceta! —Ana la señaló—. ¿No la ves?

—Sí, aunque desde mi asiento las flores parecen crecer hacia abajo.

Ana miró sus dibujos. Para ella, las flores estaban bien colocadas. Su abuelo parecía estar viendo otra cosa.

Rodeó la mesa sin soltar la esquina del mantel. Se puso detrás de la silla del abuelo y miró la caja desde allí. Se quedó quieta un momento.

La casa tenía el techo abajo. El árbol estaba de cabeza. Hasta el sol parecía caer sobre el suelo.

—¡Pero la caja no se ha movido! —exclamó.

—Tú sí te has movido —respondió el abuelo.

Ana volvió a su silla y luego caminó otra vez detrás de él. Cada lugar le enseñaba el dibujo de una manera distinta. No había dos casas ni dos soles: eran los mismos papeles vistos desde lados opuestos.

Buscó la tarjeta de bienvenida. La había guardado bajo el último dibujo, con una casita sonriente pintada al lado de las palabras.

—Esta tarjeta es para ti —dijo—. No quiero que tengas que girar la cabeza para verla.

La caja que se abría al revés

Sacó la tarjeta de la cinta. Caminó hasta la silla del abuelo, la sostuvo frente a sus propios ojos como si fuera él y comprobó dónde estaba la parte de arriba. Después regresó a su sitio y colocó la tarjeta en la caja, girada para que se leyera correctamente desde enfrente.

—Ahora inténtalo —pidió.

El abuelo levantó la vista. Vio la casita derecha y, sobre ella, la tarjeta que decía «Bienvenido, abuelo».

—Ahora sí puedo leerla sin hacer acrobacias —dijo, riéndose.

Ana volvió a mirar desde su lado. La tarjeta de bienvenida estaba boca abajo para ella.

—¡Qué raro! —dijo.

—¿Raro o preparado para otro visitante?

Ana pensó en la pregunta. Había dibujado aquella tarjeta para él, no para ella. Su intención no había cambiado; solamente había cambiado el lado desde el que él podía verla.

—Preparado para ti —contestó.

Luego hizo dos pequeños apoyos con cartón y pidió al abuelo que la ayudara a sostener la caja. En un lado puso los dibujos que quería explicar desde su silla. En el otro, colocó la tarjeta de bienvenida mirando hacia él.

Pasaron la tarde señalando ventanas, hojas y nubes. De vez en cuando, Ana cambiaba de asiento para comprobar lo que veía su visitante.

Cuando llegó la hora de guardar todo, el abuelo le preguntó por qué había traído aquella caja.

Ana cerró la tapa despacio.

—Porque quería darte la bienvenida con mis dibujos.

El abuelo le dio un abrazo.

—Y la he recibido desde el mejor lugar: el mío.